Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

MORIREMOS
PARA
RESUCITAR

Tu no vivas triste como los que no tienen esperanza de la vida eterna

La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguiremos una mansión eterna en el cielo (Pref. Dif.)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84.7770.406-6
D.L. Gr. 1.070-98
Impreso en Azahara
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

En este libro pretendo hablaros de la existencia de la vida eterna, de la muerte y de la resurrección. La muerte no debemos temerla sino más bien desearla porque ella es el camino de la vida eterna y de lare-surrección gloriosa.

Sabido es que la muerte es inevitable. No escaparemos de ella, y el que dice: "No escapé de la muerte en ésta o en aquella ocasión, dice mal, mejor será decir, como nota el célebre obispo Bossuet,: "Yo escapé de la muerte, porque evité aquel peligro, pero la muerte no. La muerte te arma diversas emboscadas. Si escapamos de la una, caemos en la otra, y al fin damos siempre en sus manos. Paréceme ver un árbol combatido por el viento, y cómo éste le va arrebatando las hojas; las unas resisten más, las otras menos, y si algunas se escapan de la tormenta, llegará el invierno que las secará y las hará caer.

En un naufragio hay quieres se ahogan rápidamente y quienes flotan asidos a una tabla en medio de las olas, y cuando creen haber evitado los peligros,

después de mucho tiempo, una ola los estrella contra un escollo y los quebranta. Lo mismo ocurre aquí.

La vida se nos apaga a todos como una candela que consume su mecha, es decir, por mucho que se alargue la vida presente, llegará un día a su término, pero no acaba con la muerte. Para el cristiano la muerte no es el término de la vida, es el comienzo de una nueva existencia, es la puerta de la vida eterna. Como veremos, hemos de "morir para resucitar", y el fundamento de nuestra resurrección es la resurrección de Jesucristo.

Espero que las ideas que expongo en este libro contribuyan a que mis lectores vivan sin temor a la muerte y con la esperanza de la vida eterna.

Benjamín MARTIN SANCHEZ
Zamora, 31 de marzo de 1998

MORIREMOS PARA RESUCITAR

Existencia de la vida eterna

Jesucristo, que es Dios, nos habla muchas veces de la vida futura y eterna. Cuando un joven le preguntó: "*¿Qué he de hacer yo para conseguir la vida eterna?*. Él le contestó: *Si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos*" (Mt. 19,16-17).

Los cristianos vivimos con la esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, porque nos ha sido prometida por el mismo Dios que no miente (Tit. 1,1). Y el apóstol San Juan nos dice: "*Esta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna*" (1 Jn. 2,25).

Jesucristo, pues, es el que nos revela en los santos Evangelios que hay otra vida después de ésta, que hay cielo y hay infierno, pues dice claramente: "*Irán estos (los ímpios) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna*" (Mt. 25, 41-46). Y el Símbolo Atanasiano leemos: "Los que hayan hecho obras buenas, irán a la vida eterna; aquellos, en cambio, que hayan obrado el mal, irán al fuego eterno"; mas "no es Dios quien nos arroja en el infierno; somos nosotros los que nos precipitamos en él con nuestros pecados" (Santo Cura de Ars).

En el libro de la sabiduría leemos: *Dios creó al hombre para la inmortalidad*" (2,23). De hecho el mismo Jesucristo nos habla de premios y castigos eternos, y por tanto después de la muerte continuamos viviendo, y además nos da a entender que nues-

tra alma es inmortal al decirnos: *"No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a Aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno"* (Mt. 10,28).

Vivamos con la esperanza de la vida eterna

San Pablo compadece a los hombres que carecen de la esperanza en la vida eterna, y ciertamente son dignos de compasión cuantos caminan por este mundo sin fe, sin religión y sin Dios. Describiendo el apóstol el estado miserable de los gentiles antes de Cristo, les dice en un versículo lleno de contenido: *"Estuvisteis entonces sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo"* (Ef. 2,12).

Y consolando a los discípulos de Tesalónica, les dice que no se aflijan a causa de la muerte de los seres queridos: *"No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza"* (1 Tes. 4,13). Y les habla de la esperanza cierta de la resurrección y que todos algún día hemos de estar juntos y para siempre con el Señor: *"Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras"* (1 Tes. 4,12). Nuestra vida aquí es pura esperanza, como dice San Agustín, después será gloria eterna.

Los hombres más crueles son los que matan en sus hermanos el alivio de la esperanza. Los falsos

profetas que modernamente han descristianizado a los pueblos, arrancan de su corazón la esperanza, han cometido un horrendo pecado contra Dios y contra los hombres.

La esperanza en la vida futura, en la que Dios nos promete la felicidad completa, sostiene la vida de los pobres en este mundo, y los sostienen en la práctica de la virtud y en el ejercicio del trabajo fecundo.

La esperanza es gozo: "*Por la fe nuestro Señor Jesucristo hemos obtenido también el acceso a este gozo en que nos mantenemos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que nos gloriamos también en las tribulaciones...* (Rom. 5,2-3), porque "*por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos*" (Hech. 14,21).

San Pablo exhorta a los Efesios (y por tanto a todos nosotros, pues "*lo que está escrito en la Biblia para nuestra enseñanza fue escrito:* (Rom. 15,4): "*A soportarse mutuamente, a vivir unidos por la caridad, a conservar solícitamente la unidad de espíritu mediante el vínculo de la paz,* porque "*sólo hay un cuerpo y un Espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación*" (Ef. 4,4). Vivamos, pues, con la esperanza de la vida eterna.

El deseo cristiano de la muerte

Voy a transcribir en éste y en el siguiente capítulo

lo que nos dice admirablemente San Cipriano en su libro *"tractatus de mortalitate"*. Él nos dice:

"Querer vivir largo tiempo en este mundo es propio de aquel a quien el mundo deleita, de aquel a quien invita el siglo con los halagos y engaños de los placeres terrenos. Y a la verdad aborreciendo el mundo al cristiano. ¿por qué amas a quien te aborrece y no sigues mejor a Cristo, que te ha redimido y te ama?. San Juan en su epístola nos exhorta a que no amemos los deseos carnales y sigamos al mundo. *"No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre, porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias, pero el que hace la voluntad de Dios, permanecerá para siempre"* (1 Jn. 2,15).

Hermanos carísimos, preparémonos con ánimo íntegro, con firme fe y virtud robusta para cumplir en todo la voluntad de Dios, y, rechazando todo temor a la muerte, pensemos en la inmortalidad que le sigue. Mostremos siempre que somos !o que creemos, de modo que no lloremos la muerte de las personas queridas;y cuando llegue el día de nuestro tránsito, marchemos alegres sin vacilar al Señor, que nos llama. Lo cual, si siempre deben hacerlo los fieles de Dios, con mucha más razón ahora, puesto que el mundo toca a su término y está rodeado de un diluvio de desdichas; para que los que vemos que han empezado ya

las cosas graves y sabemos que amenazan otras peores, consideremos como la mayor ganancia alejarnos cuanto antes de este mundo.

Si las paredes de tu casa empezaran a vacilar a causa de su vejez, y estuviera para hundirse el tejado, y toda la casa en general amenazase ruina, ¿no te saldrías de ella cuanto antes? Si, estando embarcado y en alta mar, una borrascosa tempestad con sus embravecidas olas te anunciase un próximo naufragio, ¿no caminarías inmediatamente a alcanzar el puerto?

He aquí que este mundo vacila y da testimonio de su ruina, no tanto por la antigüedad cuanto por el fin de las cosas; ¿y no das tu gracias a Dios, no te regocijas, porque, sacado de él por más apresurada muerte, quedas completamente libre de las ruinas, naufragios y plagas que te amenazan?.

Apresurémonos a llegar cuanto antes a nuestra Patria eterna

"Debemos pensar y considerar constantemente, hermanos carísimos, que hemos renunciado al mundo y que vivimos aquí en la tierra como huéspedes y peregrinos. Abracemos el día que asigna a cada uno su domicilio, que nos restituye, sacándonos de este siglo y completamente libres de los lazos seculares, al paraíso y reino celestial.

¿Quién que está en lejana región no se apresura a volver a su patria?. ¿Quién, al navegar hacia los

suyos, no desea un próspero viento para poder más pronto estrechar entre sus brazos a los que quiere?

Nosotros tenemos por patria el cielo y ya hemos empezado a considerar a los patriarcas como nuestros padres; ¿por qué no nos damos prisa y corremos para ver nuestra patria y saludar a nuestros padres?.

Gran número de nuestros allegados nos están esperando, padres, hermanos, hijos, nos aguardan en copiosa muchedumbre, seguros de su inmortalidad y solícitos por nuestra salud. ¿Cuánta no será la alegría, para ellos y para nosotros juntamente, al llegar a su presencia y a sus abrazos?. ¿Cuál será allí el gozo del reino celestial, sin temor a la muerte y con la seguridad de la vida eterna? ¡Cuán grande y perpetua felicidad!

Allí está el coro glorioso de los apóstoles, allí la multitud de profetas que se regocijan; allí la innumerable muchedumbre de los mártires, coronados por la victoria alcanzada en la confesión y en los padecimientos; allí las vírgenes triunfantes, que sometiron la concupiscencia de la carne y del cuerpo con la virtud de la continencia; allí premiados los misericordiosos, que hicieron obras de justicia, dando alimentos y limosnas a los pobres, y que, observando los preceptos del Señor, trasladaron sus patrimonios terrenos a los tesoros celestiales.

Apresurémonos, hermanos carísimos, a llegar cuanto antes; anhelemos estar pronto con ellos y acercarnos a Cristo. Vea Dios este nuestro pensamiento y considere este propósito de la mente y de la

fe nuestro Señor Jesucristo, que ha de dar mayores premios de la gloria a los que hayan tenido mayores deseos para con Él".

Hemos de pensar que *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb. 13,14) nuestras verdadera patria es el cielo. Apresurémonos a llegar cuanto antes a él.

La resurrección de Jesucristo

Nosotros, como todos los hombres que vienen a este mundo, moriremos; pero moriremos para resucitar, y ¿cómo podremos saber esto con toda seguridad?. Lo podemos saber y tener por cierto porque Jesucristo murió y resucitó, demostrando así que Él era Dios. Veamos primeramente para que vino Jesucristo al mundo y cuál fue su misión. Nos interesa mucho hablar de la resurrección de Cristo, porque ella es fundamento de la nuestra.

Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15) y cumplió su misión terrena, consistente en redimirnos de nuestros pecados y así se cumplió también lo dicho por el profeta Ezequiel: *"¿Quiero yo acaso la muerte del ímpio, dice el Señor, Yahvé, y no más bien que se convierta de su mal proceder y viva?"* (18,23).

Se ha consumado la obra de la pasión y al final pudo decir al Padre: *"Padre mío, tengo acabada la obra... Yo he manifestado tu nombre a los hombres... He guardado los que tu me diste"* (Jn. 17,4,6,1).

Cristo murió por nosotros y los cristianos lo hemos de pensar con gratitud. La obra de la redención se ha cumplido, y las palabras dirigidas al pueblo escogido se cumplen también en nosotros: *"Te he amado con perpetuo amor"* (Jn. 31,3).

Cristo en la cruz acreditó su misión muriendo por nosotros y resucitando después. Nosotros creemos en su resurrección porque Él lo predijo varias veces y de hecho se cumplió *"que tenía que subir a Jerusalén, padecer mucho..., ser muerto y al tercer día resucitar"* (Mt. 16,21).

La resurrección de Jesucristo es un hecho real. Los Evangelios nos dan un testimonio claro de que Él murió en una cruz, después fue sepultado y salió triunfante del sepulcro al tercer día, como lo había predicho y se apareció varias veces, que comprueban el hecho.

Los discípulos fueron testigos de la resurrección de Jesús

Jesús, poco después de resucitado se apareció a sus discípulos, y ellos dijeron: *"Este Jesús a quien Dios ha resucitado, nosotros somos testigos de este hecho"* (Hech. 2,42). También un ángel atestiguó su resurrección al decir a los que se allegaron al sepulcro: *"Resucitó, no está aquí"* (Mc. 16,6).

En la misma Escritura leemos: *"Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, y fue sepultado y resucitó al tercer día según las*

Escrituras y se apareció a Cefas, después a los once. Posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos. Se apareció también a Santiago y después a todos los apóstoles y a mi como abortivo, se me apareció después que a todos" (1 Cor. 15,3-8).

San Pablo estaba tan convencido de la resurrección de Cristo que dijo: *"Si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación y vana nuestra fe"* (1 Cor. 15,14).

Algunos quisieron negar el hecho de la resurrección, porque hablan del sepulcro vacío. Pero ¿cómo se vació? ¿Dónde estaba el cadaver? Los enemigos de Cristo dijeron: *"Lo hurtaron"*, y para que esto pregonaran los soldados que habían estado guardando el sepulcro, le dieron dinero, y así iban diciendo: *"Mientras nosotros dormimos, vinieron los discípulos de Cristo y robaron el cadáver"* (Mt. 28,12-13).

A tal patraña contesta San Agustín: "Aducis testigos dormidos, si estaban dormidos ¿qué vieron?, y si no vieron ¿cómo pueden ser testigos?.

Cristo resucitó, y *resucitó para nunca más morir* (Rom. 6,9).

No hay duda que el hecho histórico de la resurrección de Jesucristo se puede probar por las muchas apariciones durante cuarenta días: A las piadosas mujeres, la Magdalena, a Pedro, a todos los apóstoles y a más de quinientas personas.

La resurrección de Cristo es fundamento de la nuestra

La resurrección de Cristo es el dogma fundamental del cristianismo. Si éste fuese falso, serían falsos los demás, *y vana sería nuestra fe y nuestra esperanza,* como dice San Pablo (1 Cor. 15,14); mas es menester confesar que la resurrección de Cristo es un acontecimiento real, y si *Cristo ha resucitado, nosotros también resucitaremos* (1 Cor. 6,14).

Cristo resucitado, con palabras claras y con firmeza, nos habla de nuestra futura resurrección y así en el Evangelio de San Juan nos dice: *"Vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán, los que hicieron el bien para resurreción de vida, y los que hicieron el mal para la resurrección de condenación"* (Jn. 5,28-29).

Y en el mismo Evangelio leemos: *"Esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en El tenga vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día"* (Jn. 6,55).

Esta creencia estaba muy arraigada entre los discípulos del Señor como lo demuestra la respuesta de Marta a raiz de la muerte de Lázaro. Y así vemos que cuando Cristo consuela a la hermana afligida diciéndole que éste resucitará, ella contesta: *"Bien sé que resucitará en la resurrección del último día"* (Jn. 11,24). A continuación, una vez más, el Señor proclama la doctrina de la resurrección: *"Yo soy la resu-*

rrección y la vida: quien cree en Mi, aunque hubiera muerto, vivirá" (Jn. 11,25).

En cierta ocasión los saduceos, que no creían en la resurrección, quisieron sorprender a Jesús con una cuestión dificil: *"Mira, vivió entre nosotros una mujer que tuvo siete esposos, ¿de cuál de ellos ha de ser la mujer en la resurrección?"*

Esta pregunta era capciosa ciertamente, pero he aquí la respuesta del Señor: *"Los hijos de este mundo toman mujer, y las mujeres son dadas en matrimonio; mas los que sean dignos de alcanzar la otra vida y la resurrección de entre los muertos, ni ellos ni ellas se casarán, porque no pueden ya morir, pues serán semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección"* (Lc. 20,34-36).

Y es más como prueba de la resurrección de los muertos añadió: *"Que han de resucitar a los muertos, ya lo indicó Moisés en el pasaje de zarza cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, pues Él no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven* (Jn. 20,37-39), es decir, que Abraham, Isaac y Jacob siguen viviendo, y por tanto sus almas son inmortales.

Objeciones contra la fe en la resurrección

Contra las dificultades y objeciones que puedan presentársenos contra la resurrección, nos sirve de respuesta la voluntad omnipotente del Dios creador.

Preguntan algunos con angustia y recelo: ¿Qué

será de aquellos que murieron destrozados por una bala de cañón, que se hundieron en el mar, que se deshacen en polvo ni una señal y sobre cuyos sepulcros se edifican a veces ciudades? ¿Es posible que estos resuciten?. - ¿Qué contestó él? ¡Necio!

¡Necio! El que dio la vida por vez primera, ¿no puede darla por segunda vez? ¿Puede algo deshacerse en polvo hasta tal punto que ni siquiera la mano del Creador pueda devolverle la vida y destrozado el cuerpo o hundido en la tierra que el Omnipotente no pueda resucitarlo?

Un día dirigió uno al famoso *Newton* esta dificil pregunta: "El cuerpo del hombre se deshace en polvo; pero si realmente ha de haber un día resurrección, ¿quién reunirá los millones y millones de granitos esparcidos y formará de ellos un nuevo cuerpo?.

Newton no contestó; pero en silencio coge un puñado de polvo de hierro y lo mezcló con arena, y al fin preguntó: ¿Quién podía reunir de nuevo este polvo de hierro? Sus palabras quedan en el aire sin contestación; pero él entonces echa mano de un imán, lo acerca a la mezcla y... hay un leve ruido de inquietud y un gran movimiento en el polvo y las partículas de hierro vuelan como saetas y se clavan al imán.

Newton dijo entonces con mirada profunda: "El que dio esta fuerza al imán, a la materia muerta, ¿no podrá comunicar una fuerza mayor a nuestras almas, cuando necesiten un vestido hecho del polvo glorificado?

Así debemos creerlo y esta fe es aliento en todos los sufrimientos.

Moriremos para resucitar

Este es un hecho innegable, porque, como hemos demostrado, Jesucristo resucitó y enseñó con frecuencia y con claridad que un día pasaremos por la muerte y los muertos resucitarán, y por tanto nosotros hemos de morir con la esperanza de la resurrección.

Esta es una consecuencia lógica. Si Él ha resucitado, no puede haber exageración en sus palabras, y, en consecuencia, también nosotros nos vemos precisados a exclamar con San Pablo: "*Si se predica a Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que alguno de vosotros andan diciendo que no hay resurrección de muertos?*" (1 Cor. 15,12).

Recordemos a los que Jesucristo resucitó. Sin duda fueron muchos, mas el Evangelio nos refiere los siguientes, y nos demuestran que los muertos "*oyen la voz del Hijo del hombre*" y su voz es poderosa. Recordemos cómo el hijo de la viuda de Naín era conducido al cementerio y ante su féretro resonó esta voz: "*¡Joven, Yo te lo mando, levántarte*" (Lc. 7,11). y el muerto resucitó. Otro día la hija del jefe de la sinagoga, Jairo, yacía muerta y ante su lecho resonó esta voz: "*Niña, levántate. E inmediatamente se puso en pie la niña y echó a andar, pues tenía doce años. Quedaron todos fuera de si por el gran estupor*" (Mc. 5,41-43).

Hacía cuatro días que Lázaro estaba sepultado, y ante su tumba resonó esta voz: "*Lázaro, sal fuera*", y Lázaró resucitó.

No lo dudemos, habrá resurrección universal de muertos y nosotros resucitaremos, pasando antes por la muerte, que está decretada.

Hemos de vivir con la esperanza de la vida eterna y dichosa en la que ya no habrá lágrimas ni dolor ni más muerte....

¿Lloraremos por nuestros muertos?

Lo propio sería no llorar, como decía San Cipriano, sino alegrarse, si han muerto en gracia de Dios, porque entonces ya sus almas están en el cielo donde no hay lágrimas ni dolor, ni sufrimiento alguno; pero no hay duda que es cristiano llorar a los muertos. Jesucristo en el encuentro que tuvo al ir a Naím con el cortejo fúnebre del jóven que iban a enterrar, dirigiéndose a la madre que lo acompañaba, le dijo: *No llores;* pero no se trata de un mandato o reprensión por las lágrimas que vertía ante su hijo muerto, sino que son palabras de consuelo, pues era como decirle: Consuélate porque has encontrado al que tiene poder para limpiar radicalmente tus lágrimas.

El mismo Jesús llora en el Evangelio la muerte de su amigo Lázaro, hasta el punto de conmover y llamar la atención de los presentes.

El llanto es legítimo a la naturaleza que se ve separada de los seres queridos, y siempre es justo el llanto por la muerte de los padres, y más cuando se les ha abreviado la vida con desobediencia e ingratitudes.

San Agustín en un bello capítulo de sus "Confe-siones" (9,12), después de explicar las abundantes lágrimas

que derramó sin consuelo delante del cadáver de su madre termina diciendo: "Léalo el que quisiere e interprételo como gustare. Si le pareciere que hice mal y que pequé por haber llorado a mi madre... a una madre que por muchos años me había llorado..., le pido que no se ría de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él también por mis pecados delante de Vos".

El Eclesiástico da las normas que deben presidir el duelo por los difuntos:

"Hijo mio, llora sobre el muerto, haz luto, canta lamentaciones, amortájale según su condición y no dejes de darle sepultura. Llora, amargo llanto, y suspira ardientemente y, según la condición del muerto, haz su duelo un día o dos para no ser puesto en lenguas, y luego consuélate y da fin a tu tristeza... Con la sepultura del muerto debe cesar la tristeza, pues la vida afligida hace mal".

"No te acuerdes ya más de él, aléjale de la memoria y piensa en el porvenir. No pienses más en él, pues no hay retorno; que al muerto no le aprovecha y a ti te daña. Piensa en su destino, pues el suyo será el tuyo; el suyo ayer, el tuyo mañana. Con el descanso del muerto, descanse su memoria y consuélate de su partida" (Eclo. 38,16.24).

Palabras de San Cipriano sobre los difuntos

Este Santo nos da sus razones porque no debemos llorar a nuestros muertos. "Uno de sus presbíteros fue

reprendido sobrenaturalmente porque temió morir. La visión le dijo: "Teméis padecer y no queréis salir del mundo: ¿qué voy a hacer con vosotros?..."

"A nosotros mismos también, aunque somos los más pequeños y los últimos, ¡cuántas veces se nos ha revelado, cuán frecuente y manifiestamente se nos ha mandado, por dignación de Dios, predicar asiduamente y confirmar en público que no debemos llorar a nuestros hermanos porque les llame el Señor a sí, libertándolos de este siglo!.

Debemos saber que éstos no se pierden, sino que preceden a los que van de vuelta, como ocurre a los viajeros y naveganges; que se les debe echar de menos, pero no llorarlos. No debemos vestirnos de luto, cuando ellos han recibido ya las vestiduras blancas; no debemos dar ocasión a los gentiles para que nos reprendan con razón por llorar como perdidos y muertos a los que decimos que viven en Dios, y no probar, con el testimonio de nuestro corazón y de nuestro pecho, la fe que manifestamos con nuestras obras.

Somos prevaricadores de nuestra fe y de nuestra esperanza; parece que es simulado, falso y fingido todo cuanto decimos. Nada aprovecha manifestar virtud con palabras, y con las obras destruir la verdad".

Finalmente, el apóstol San Pablo reprueba, culpa y reprende a los que se contristan por la muerte de los suyos, y dice: "*No queremos que ignoréis lo tocante a la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Pues, si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús*

tomó consigo a los que durmieron en Él" (1 Tes. 4, 13-14).

Dice que se contristan en la muerte de los suyos los que no tienen esperanza. Mas los que vivimos con la esperanza y creemos en Dios y que Cristo padeció por nosotros y resucitó, permaneciendo en Cristo y resucitando por Él y en Él, ¿por que no queremos alejarnos de este siglo o lamentarnos y lloramos como perdidos a los nuestros cuando mueren? Sobre todo aconsejándonos el mismo Cristo, nuestro Dios y Señor y diciendo: *Yo soy la resurrección, la vida; el que cree en mi, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mi, no morirá para siempre"* (Jn. 11, 25-26).

Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus palabras y promesas; y no habiendo de morir para siempre, vayamos con alegre confianza a Cristo, con quien hemos de vivir y reinar por toda la eternidad.

"Cuando morimos, no hacemos sino pasar, mediante la muerte a la inmortalidad...".

A las anteriores palabras de San Cipriano, añadiré estas de Tertuliano, escritor eclesiástico del siglo III, que son elocuentes:

"Al que cree firmemente en la resurrección de los muertos, no le aflige la misma muerte, ni perderá la paciencia en los dolores: ¿qué hay que sentir en la muerte de una persona, si no la tenemos perdida para siempre? No es más que viaje lo que llamamos muerte, por lo que no se debe llorar la suerte del que partió antes que nosotros, antes bien, desear seguirle. El excesivo sentimiento no es una señal de la más viva esperanza: desa-

credita nuestra fe, y es injurioso a Jesucristo el tener por infelices y dignos de compasión a los que Él llama a sí".

En consecuencia, no debemos temer la muerte. Los que deben temerla son los que viven y mueren en pecado mortal sin arrepentimiento alguno. "El que sin distinción alguna mueran igualmente los justos que los injustos, no es para que creáis que es igual la muerte para los buenos y malos. Los justos son llamados al descanso, los injustos son arrebatados al suplicio; inmediatamente se da a los que confian un refugio, y a los pérfidos el castigo" (S. Cipriano., Tract. de mort.).

En la Sagrada Escritura leemos: *"La muerte de los pecadores es pésima"* (Eclo. 34,22), *y es preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos"* (Sal. 115,15).

Preparémonos para la resurrección

Hemos ‚visto que todo no se acaba con la muerte, porque tenemos un alma inmortal y un día nos levantaremos de nuestras tumbas para una vida nueva que es vida de resucitados, y por lo mismo si morimos es para resucitar. Nuestra alma no sólo vivirá y seguirá viviendo eternamente, sino que recobrará su cuerpo dentro de cierto tiempo, y no un cuerpo terreno, sino un cuerpo transformado, espiritual, que no está sujeto a las leyes de la materia y entonces el alma tendrá dominio sobre el cuerpo.

Para resucitar a la felicidad de la vida eterna, tenemos que ser ya buenos cumplidores de la ley de Dios en la vida presente, porque la plenitud de la vida eterna

dichosa no puede brotar de una vida mortal vacía, miserable y sucia, como de un grano vacío no puede brotar una espiga floreciente.

Notemos que Jesucristo al decir con voz clara, firme y solemne que *"vendrá un día en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz"*, añade: *"los que hicieron obras buenas resucitarán para la vida"*, para esa vida eterna, y *"los que las hicieron malas, resucitarán para ser condenados"* (Jn. 5, 28.29).

Preparémonos, pues, para el gran día de la resurrección, pues cuando se acabe la vida terrestre, Jesucristo vencedor de la muerte, causada por el primer Adán a todos sus hijos, como dice Pío XII, Él nos restituirá la vida en el último día... Todos resucitarán, electos y réprobos -millones y millones... saldrán de los sepulcros y ataudes-. De las cavernas de la tierra, de los abismos de los mares, de las innumerables tumbas de los cementerios y campos de batalla..., levantará su cabeza la muerte, que, estupefacta tanto como la naturaleza, exclamará: ¿dónde está mi victoria?... Pero desde entonces quedará eternamente vencida por la resurrección".

San Pablo lo dice así: *"Cuando este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido absorvida por la victoria"* (Is. 25,8). *¡Oh muerte, ¿dónde está tu victoria?. ¡Oh muerte! ¿dónde está tu aguijón?* (Os. 13,14). (1 Cor. 15,54-55).

El Padre Granada en su libro "Guía de pecadores" dice: "Por esta causa los justos no tienen por qué

temer la muerte; antes mueren alabando y dando gracias a Dios por su acabamiento, pues en él terminaran sus trabajos y comienza su felicidad. Y así dice San Juan sobre la epístola de San Juan: *"El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino vive con paciencia y muere con alegría... No se entristece ni teme la muerte porque temió a Dios,* y quien a este Señor teme no tiene más que temer. No teme la muerte porque temió la vida, porque los temores de la muerte efectos son de mala vida".

Tenemos, pues, que vivir preparados para la vida eterna. La fe en la resurrección nos da fuerzas en la tentación y con la gracia de Dios venceremos las pasiones y viviremos con alegría en medio de nuestras tribulaciones.

Muerte moral de la juventud

Hemos dicho que "moriremos para resucitar", mas pensando que muchos jóvenes de hoy -hombres del mañana-, dado el ambiente en que vivimos, están muertos a la vida de la gracia, es preciso que recapaciten para que saliendo del estado de pecado en que se hallan, puedan participar un día de la resurrección gloriosa.

Las palabras que dijo Pío XII hablando de la juventud, bien creo las podemos aplicar a los jóvenes de nuestro tiempo. Estas son:

"Y puede decirse que es unánime el juicio de que

la moralidad de gran parte de la juventud está en contínua decadencia. Y no sólo de la juventud de las ciudades. También de la de los pueblos en donde algún día florecía una sana y robusta pureza de costumbres, la degradación moral es muy poco inferior, mientras que todo lo que excita en las ciudades al lujo y al placer ha obtenido entrada libre hasta en las aldeas".

Es superfluo recordar cuánto se ha usado y abusado de la radio y del cine -y de la televisión- para la difusión de este materialismo y cuánto ellos han contribuído a aumentar la superficialidad, la mundanidad, la sensualidad de la juventud, juntamente con los malos libros, las revistas ilustradas licenciosamente, los espectáculos vergonzosos, el baile inmoral y la inmodestia de las playas" (Discurso, 24 julio 1940).

Da pena ver a muchos de los jóvenes de nuestros días que viven como si tuvieran un sentido pagano de la muerte, ya que no ven nada bueno en ella, porque con ella creen que todo se acaba, y no piensan más que en divertirse, en llevar una vida frívola como si fueran aquí eternos sin pensar en el más allá.

Viven alejados de Cristo y si lo conocieran, estudiándolo en el Evangelio, se acercarían de lleno a Él y se enamorarían de la verdad que Él irradia, y en esa edad juvenil llegarían a sentirlo, y se moverían a cambiar de rumbo en su vida y a no dejarse arrastrar por ideas materialistas y terminarían apartándose de los vicios que les dominan...

¡Cuántos jóvenes "creen que viven y están muertos", como dice el Apocalipsis (4.1). Viven en cuanto al cuerpo, pero su alma está muerta, son cadáveres ambulantes.... y terminan viviendo desalentados, desmayados... y para salir de ese estado ¿qué necesitan? Necesitan un ideal de vida, ser hombres de principios, hombres que saben gobernarse, dominar sus pasiones, es decir, ser hombres de carácter, que saben romper con todo lo pecaminoso y empezar a vivir una nueva vida, que los haría felices... (A este fin recomiendo a los jóvenes estos dos libros míos: "La formación del carácter" y "La formación del corazón").

La resurrección de las almas pecadoras

Grande fue el milagro que hizo Jesucristo resucitando entre otros al hijo de la viuda de Naín; pero todos los días tiene lugar entre nosotros un milagro mayor, y sin embargo, pasa inadvertido: la resurrección de un alma pecadora.

¡Cuántos pasan de pecadores a santos! Los unos por el bautismo, los muertos por el pecado pasan a vivir la vida de la gracia y ser hijos de Dios. Otros, ya mayores, que tienen sus almas manchadas por el pecado, empiezan a revivir en el confesionario, cuando sinceramente confiesan sus pecados, y entonces sus almas quedan limpias y respiran alegremente en un ideal noble y de virtud.

Si queremos que un día, el gran día de la resurrección final sea ésta gloriosa para nosotros, tene-

mos que vivir en esta vida resucitados a la vida de la gracia. "*Sólo la virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables*" (Prov. 14,34).

Hay en la Sagrada Escritura un pasaje elocuente y aleccionador para todos, el de la higuera que tenía plantada en su huerta un hombre, que la visitó al tiempo de recoger su fruto y la halló sin él, y tuvo paciencia para esperarle hasta el tercer año.

Cuando vio que no podía esperar fruto de la higuera, tomó la decisión de cortarla, porque estaba ocupando inútilmente la tierra; pero hubo quien intercedió diciéndole: "*Déjala un año más que yo la cavaré y le echaré estiercol, y quizá de fruto, y si no ya la cortarás el año que viene*" (Lc. 13, 6-8).

La higuera esteril representó primeramente al pueblo judio al que le dio un último plazo para convertirse; mas en sentido más amplio la higuera esteril es figura de los jóvenes de hoy y de todos los hombres, de los que Dios está esperando un año y otro para que dejen el camino de los vicios, y les da plazos y hace "*como que no ve sus pecados por esperarlos a penitencia*", y al ver que se pasa el tiempo sin dar frutos de fe y de conversión y siguen multiplicando sus culpas, les sobreviene el castigo, y es de lamentar que a muchos les sorprenda la muerte y resuciten un día para condenación, y si esto sucede no es Dios el culpable, sino ellos a los que dio el don de la libertad para hacer el bien y la emplearon haciendo el mal.

¡Sed hombres!

Soyez des hommes= Sed hombres. Este es el título de un libro escrito por el francés F.A. Vuillermet, y esto digo a los jóvenes de hoy: ¡Sed hombres!, hombres de carácter, y un hombre de carácter es un hombre de voluntad firme y contínua, un hombre de decisión, que sabe oponerse al mal y decir *no* a la pasión: pereza, ira, gula, sensualidad, etc., es constancia en el bien obrar. Hay que ser hombres en la reforma de los defectos y la adquisición de las virtudes.

¡Triste es el espectáculo que ofrece el mundo moderno! En realidad, ¿qué vemos en todas partes?. Dicho señor Vuillermet contestando a esta pregunta, decía: Vemos hombres prosternados ante los placeres, honores y riquezas, adorando sus más livianos caprichos; almas inmortasles destinadas a ser tabernáculos de Dios y a ostentar sobre su frente un rayo de la divinidad, mezcladas con todas las infamias en el torrente fangoso de las pasiones; cristianos que abandonan cobardemente la fe de sus padres, temerosos de una palabra de desdén o de una sonrisa de desprecio...

Penetrad en tantos salones, clubs, discotecas... donde entran alocados tantos y tantas jóvenes de nuestros días y observad lo que en ellos pasa: palabras deshonestas, conversaciones escandalosas, proyectos inicuos.

¿Qué leéis en los periódicos o qué noticias se des-

tacan en la radio y en la televisión? Inmoralidades, familias desavenidas, escándalos que surgen, crímenes que se cometen por todas partes, secuestros, robos... Parece que ha llegado el tiempo en que, según frase de la Escritura, los hombres llaman a lo malo bueno, y a lo bueno malo, y ésta es la maldición que se oye de Dios a través del profeta Isaías: *¡Ay de los que al mal llaman bien y al bien mal!* (Is. 5,20).

Por eso, Jouffroy, célebre profesor de la Universidad de París ante el espectáculo que le ofrecía el mundo, al ver gentes que no obedecían más que al placer o al interés y aplaudían el vicio, exclamó: *"No hay hombres!"*

Nuestro siglo se ha entregado por completo a los placeres de la carne. Todos y en todas partes aspiran al lujo, al bienestar, a las diversiones... Los hijos de nuestros días aspiran tan sólo a gozar, a gozar cada vez más... En esta atmósfra saturada de sensualismo y de frivolidad las almas no viven; vegetan, y mueren al cabo por no poder respirar el aire puro de las cumbres..

¡Jóvenes! ¿Por qué camino andáis vosotros? Enmendad vuestra conducta. Pensad que todo no termina con la muerte. Después de la muerte empieza la vida eterna, y ¿quién puede conquistarla? Jesucristo nos lo dice: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17).

Estudiad el Evangelio, no omitáis su lectura, conoced a Jesucristo e imitadle, porque un mundo sin Cristo es un mundo sin moral y va camino de la per-

dición. Él vino a la tierra *para que todos los que creen en Él no perezcan, sino que tengan vida eterna"* (Jn. 3,16). *"Y esta es la promesa que Él nos hizo: la vida eterna"* (1 Jn. 2,25).

Vivamos, pues, todos con la esperanza de la vida eterna, y viviendo ahora bien conforme a la Ley de Dios, tendremos la dicha de participar con los santos en el gran día de la resurrección gloriosa.

Laudetur Iesuschristus = Alabado sea Jesucristo

INDICE

PRESENTACION 3

Existencia de la vida eterna 5
Vivamos con la esperanza de la vida eterna 6
El deseo cristiano de la muerte 7
Apresurémonos a llegar cuanto antes a nuestra patria eterna 9
La resurrección de Jesucristo 11
Los discípulos fueron testigos de su resurrección 12
La resurrección de Cristo es fundamento de la nuestra 14
Objeciones conta la fe en la resurrección 15
Moriremos para resucitar 17
¿Lloraremos por nuestros muertos? 18
Palabras de San Cipriano sobre los difuntos 19
Prepáremonos para la resurrección 22
Muerte moral de la juventud 24
La resurrección de las almas pecadoras 26
¡Sed hombres! 28